

RIENZI.

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

Otros ojos menos distraídos se hubieran pasmado del cambio que había producido en dos ó tres meses en las calles de Roma la administración firme y acertada del tribuno. Ya no se veían mercenarios extranjeros de mala catadura paseándose ó formando grupos bajo el pórtico del almenado palacio de un magnate. De par en par y atestadas de mercancías y de compradores se encontraban las tiendas que estuvieron cerradas antes por años enteros en muchos barrios. En las calles silenciosas, en otros días, como la muerte, excepto los instantes en que se estremecían con los ahullidos de una miserable plebe ó con el rumor de las sangrientas querellas de poderosos rivales; en aquellas calles, en que el solitario transeunte dirigía sus espantados ojos por todas las esquinas, imaginando que salían á asestarle á cada paso, se veían circular á la sazón las fecundas y variadas corrientes de la vida civilizada. Rodaban por la población carros cargados de diversas mercancías, que habían pasado sanos y salvos junto á los desmantelados fuertes de los bandoleros de la campiña. Un historiador moderno, á quien no puede acusársele de parcial, dice al traducir un documento italiano: «Acaso nunca se ha hecho sentir de una manera mas pasmosa el efecto de la enérgica voluntad de un solo hombre, que en la repentina reforma de Roma por el tribuno Rienzi. Una guarida de bandidos se había transformado en un campamento bien disciplinado ó en un monasterio sujeto á reglas. En aquel tiempo, continúa el biógrafo de Rienzi, se recogían los bosques de no hallarse infestados de ladrones: comenzaban á arar los bueyes, y á visitar los santuarios los peregrinos: pululaban de viajeros los caminos y las posadas: se habían restablecido en los mercados el comercio, la buena fé y la abundancia, y se podía dejar sin miedo una bolsa llena de oro en las carreteras reales.

En medio de tan insignes testimonios de la seguridad y la prosperidad del pueblo, solían verse algunos semblantes sombríos y descontentos entre la muchedumbre; y si por casualidad tropezaba algún transeunte con un hombre que vistiese la librea de los Colonnas ó de los Orsinis, llevaba involuntariamente la mano á la empuñadura de su espada, y prorrumpía en un juramento medio ahogado y un suspiro de indignación. Aquí y allí formaban singular contraste los risueños y animados almacenes con los montones de escombros que delante de la puerta de una orgullosa casa eran mudos testigos de la demolición de sus fortificaciones considerada como un sacrilegio por la impotente rabia de su propietario. A través de calles y de una población tales como acabamos de describirlas llegaron el niño Angelo y la señora Úrsula á la plaza del Capitolio, henchida por todas partes de oleadas de gentes. Entretanto los oficiales encargados de mantener el orden lo hacían con tanta vigilancia y discreción, que nuestros dos personajes no se vieron detenidos mucho tiempo sin que observaran como sobre el espacio que sirve de átrio á aquel memorable edificio, se abrían las puertas de la gran sala de justicia, custodiada por un solo centinela, y donde permanecía el tribuno seis horas al día, porque paciente para escuchar quejas, solícito para reprimir desafueros, inexorable para castigar crímenes, su tribunal era de fácil acceso para todo extranjero y menesteroso.

Mas no se dirigía á esta sala nuestra amable pareja, sino que tomó el camino de las habitaciones privadas del palacio, y aquí la pompa y la magnificencia de la mansión mas que regia del tribuno contrastaban singularmente con la sencillez patriarcal de su tribunal de justicia.

Acostumbrada Úrsula en otros tiempos al lujo de las cortes de Francia é Italia, no pudo ver sin sorpresa los salones llenos de criados y de escuderos con libreas costosísimas, las columnas de mármol, con capiteles dorados, rodeadas de guirnaldas de flores, y las numerosas y espléndidas banderas sobre las que brillaban las armas de la ciudad republicana, unidas á las de la silla pontifical, flotantes en rededor y encima de los espectadores.

Úrsula, que no sabía á quién dirigirse en aquella reunion de gentes, salió bien pronto de apuros al ver un hombre con uniforme carmesí que se acercó á ella con el decoro lleno de gravedad, que se advertía generalmente entre aquella servidumbre, y la preguntó respetuosamente á quién buscaba.

—A la señora Nina, replicó Úrsula mostrando su persona magestuosa con una dignidad natural, si bien algo jactanciosa.

Su acento hizo que el ugiar la contestase:

—Temo que la señora Nina no reciba hoy sino á las damas romanas; mañana es el día señalado para recibir á todas las damas extranjeras de distinción.

Úrsula respondió con leve impaciencia:

—El asunto que me trae es propio para ser bien recibida todos los días en los palacios; vengo á poner á los pies de la señora Nina cierto presente que acaso se digne aceptar con gusto.

—Y decid también, interrumpió súbito el mancebo, que Angela Villani, á quien la señora Nina se dignó honrar ayer con su atención, no es extranjero, sino romano, y viene según las órdenes de la señora á rendirla el debido homenaje de respeto.

No pudo el grave ugiar contener una sonrisa al ver el singular y gracioso atrevimiento del muchacho.

—Recuerdo en efecto, buen Angelo Villani, que la señora Nina os habló en la escalera grande. Señora, voy á desempeñar vuestra comisión. Tened la bondad de seguirme á otro aposento mas propio de vuestro sexo y de vuestra clase.

Y mostrando el camino á los dos extranjeros les hizo cruzar la sala, subir una ancha escalera, cubierta en parte con una rica alfombra de Turquía, lujo ya común en los palacios de Italia por aquella época, en que la estancia de un monarca inglés estaba sencillamente sembrada de juncos. Abrió el guía una puerta del piso principal, hizo entrar á la señora Úrsula y á su pupilo en una antecámara de elegantes proporciones adornada con terciopelo floreado, y desapareció bajo la tapicería que ocultaba una puerta al frente de la de entrada, y sobre la cual se veían las armas que el tribuno introducía donde quiera, no tanto por un vano deseo de fausto, cuanto por la política de mostrar las insignias de la república juntas con las llaves de San Pedro.

—Felipe de Valois no se aloja con el lujo que este hombre, murmuraba la anciana: si esto dura, voy á colocar á mi discípulo con mas ventaja de lo que imaginé.

No tardó en salir el ugiar á buscarlos y los condujo á través de una espaciosa pieza, que era la sala de recibimiento del palacio. Sostenían la techumbre de arquitectura medio gótica y medio clásica adornada de mosaicos de púrpura y oro, veinte y cuatro columnas de alabastro oriental, testigos de las esplicaciones de los últimos emperadores y sacadas de olvidadas ruinas para adornar el palacio del restaurador de la república. Cubría la mitad del pavimento una tela de oro, y algunos vidrios estaban revestidos con la misma suntuosidad, mientras que los restantes estaban frescamente pintados con los mas fúlgidos colores, representando embleáticos dibujos. A la estremidad de aquel salón regio conducían dos escalones al trono del tribuno, sobre el cual había un escudo ornado asimismo con las armas del pontífice y de la ciudad.

De esta pieza pasaron á otra mas reducida é inundada de pages vestidos de terciopelo azul y plata; la mayor parte tenían poca mas edad que Angelo y todos eran tan gallardos que desde luego se conocía haberse formado aquella tropa escogida de la flor y nata de la juventud de Roma.

Apenas tuvo Angelo tiempo de lanzar una mirada á sus camaradas futuros, antes de un minuto él y su protectora se hallaron en presencia de la esposa del tribuno.

Su cámara sin ser muy espaciosa era lo bastante para mostrar que la bella y orgullosa hija de Raselli había realizado todos sus ensueños de esplendor.

Imposible es describir las riquezas de aquel aposento, verdadero museo que encerraba en su centro los joyeles mas ricos de todo el mundo. Esparcía su luz de oro y de púrpura una claridad incierta producida por una elevada ventana de vidrios de colores sobre todo lo mas precioso que produjo el arte en aquel siglo. Los candelabros de plata, trabajados en Florencia, las alfombras, los tapices orientales, la sedería de Venecia y de Genova, pinturas semejantes á las de los misales iluminados, mezcladas de oro y de aquellas hermosas tintas azules y encarnadas, á la sazón perdidas; mármoles antiguos recordando los felices tiempos de Atenas; mesas de mosaico escavadas con esmero y conservadas como por encanto; pebeteros de oro que exhalaban los perfumes de la Arabia, dispuestos de manera que dominase el aroma mas sano y mas suave de las flores que se veían por todas partes en jarrones de mármol y de alabastro; una fuente en miniatura que surgía del centro de guirnaldas de rosas, distribuyendo su rocío de diamantes imperceptibles en la atmósfera, que refrigeraba sin mostrarse como una hada bienhechora; todo esto y otras muchas cosas que fuera impesible especificar, se veían en aquella sala, que hubiera honrado al señor de un dilatado imperio. Y no consistía el principal encanto en el valor, la rareza y el mérito de cada objeto, sino en un no sé qué de armonioso, de fantástico, que daba idea del retiro fabuloso de un mundo en cuyo obsequio hubieran despojado los genios al mundo de sus tesoros, no de la morada mas vulgarmente ostentosa de una reina de la tierra.

Detras de los cojines en que Nina se hallaba medio reclinada, había cuatro doncellas hermosas como huríes con abanicos de caprichosas plumas; á sus pies se veía sentada otra doncella, y el laud, mudo entonces, que tenía entre sus manos, revelaba su común empleo.

Si al pronto podía parecer aquel aposento sobrecargado de adornos, al contemplar el rostro y las admirables formas de Nina se veía que el templo era digno de la diosa. Su hermosura deslumbradora entre los goces de la vanidad y las esperanzas mas exaltadas, realizaba las mas brillantes visiones de la imaginación del Tasso, cuando mezcló, bajo una forma inmortal, á los atractivos de la mujer la gloria de la maga.

(Continuará).

En el teatro de la Cruz se está ensayando para ponerse en escena, la magnífica ópera titulada *Julietta y Romeo*. El Sr. Moriani que tomará parte en su ejecución cantará además la famosa Aria de *Marino Faliero*.

La Señora Chimeno ha sido escriturada en el teatro de la Cruz.

Se ha vuelto á ejecutar en el teatro de la Cruz la *Lucrezia*. El teatro estaba lleno como de costumbre: los cantantes tan felices como siempre, siendo muy aplaudidos.

BOLETÍN ESTRANJERO.

Los principales moldavo-válacos conservarán largo tiempo la memoria del famoso ladrón Ivan-Ketrar que ha sido ahorcado últimamente despues de haberlos estremecido con sus proezas. En 1835 empezó á aterrar aquel país, y continuó haciéndolo hasta 1839, en que habiéndolo reunido unos 20,000 ducados resolvió cambiar de conducta y vivir como hombre de bien. A este fin marchó un día al palacio de un príncipe íntima amiga del metropolitano de Moldavi, y la arrancó la promesa de que no se le inquietaría si cedía cinco mil ducados á las iglesias para decir misas por las almas de sus víctimas. Confiado en esta promesa, se dejó cojer por la autoridad, confesó ante los tribunales sus crímenes, declaró que se entregaba á la clemencia de la iglesia; pero esta, que ya habia cobrado los cinco mil ducados, deseosa de decir el mayor número posible de misas por el alma de los muertos, exigió nuevo rescate del prisionero, y de rescate le dejó sin un cuarto. Luego que se vió Ketrar sin recursos tuvo el disgusto de oír su sentencia de muerte y de ser llevado á la horca, donde le esperaba el verdugo, el cual le puso al rededor del cuello la fatal cuerda: estaba ya haciendo el reo su última oracion, cuando llegó el indulto del príncipe reinante que le devolvía la libertad, Ketrar se arrojó por la escalera abajo y desapareció entre el tropel. Al otro día se le vió prece ler á caballo, vestido con una brillante librea, al carruaje del metropolitano Benjamín Rosseti que le habia nombrado su cazador. Mientras estuvo al servicio de este eclesiástico, se le oyó quejarse muchas veces del indigno modo con que habia sido despojado de sus bienes. A poco tiempo hizo Monseñor Rosseti una visita á su diócesis en que le acompañó Ketrar. En el camino encontraron una caravana de judios que volvian de la feria de Follischni cargados de dinero. El ladrón mal convertido, se detuvo para dejar pasar el carruaje se lanzó á caballo contra la caravana, y con una pistola en la mano, la insinuó que le entregase el dinero. Pasmados los hebreos de tanta audacia obedecieron la orden de un hombre solo, y se dejaron quitar su oro; hecho lo cual volvió Ketrar muy pausadamente á escoltar á su amo, como si nada hubiera pasado. Pero al llegar á la primera parada, los judios dieron su queja al metropolitano; el bandido, viéndose descubierto se escapó á galope para volver á tomar su anterior vida. Desde entonces fue peor que nunca; reunió una partida, y empezó á vengarse en los conventos y castillos moldavos, de los agravios que decia le habian hecho. Parece en realidad que el clero tenia algo que echarse en cara, pues cuando cayó en manos de la justicia el metropolitano Rosseti y sus subordinados intercedieron vivamente á favor de la oveja descarriada. Pero de nada ha servido su influjo: los comerciantes del Principado han ofrecido á los jueces una suma mayor que la que podia ofrecerles Ketrar, y en consecuencia ha sido condenado y ahorcado este, dejando en todo el territorio un recuerdo que durará mucho tiempo.

El gobierno papal habia prohibido las carreras y la caza á caballo en los campos de Roma para evitar las desgracias que producen con frecuencia tales ejercicios á que son muy aficionados los ingleses. Ofendidos en extremo estos con semejante prohibicion, amenazaron salir de la ciudad. En Roma se cuenta actualmente cincuenta ó sesenta ingleses de elevado nacimiento que gastan cada uno tanto como el papa, escediéndole algunos.

Los príncipes Borghese, Doria, y Chigi pasaron á visitar al Santo Padre para que revocase la orden, y S. S., oido el consejo de Cardenales, ha consentido en ello, lo cual ha causado una viva satisfaccion á los ingleses y á toda la ciudad, que temia perder sus preciosos huéspedes.

Los estudiantes de Copenhague acaban de distinguirse con un rasgo que les hace mucho honor: han enviado á la asamblea de los Estados una representacion protestando de la manera mas enérgica contra el proyecto de ley, cuyo objeto es eximirlos del servicio militar.

La poblacion de Francia, segun el censo hecho en 1842 es de 34.194,875 almas. La superficie imponible es exactamente de 102.057,525 fanegas castellanas. La estension de sus caminos reales asciende á unas 50.000,000 varas.

De Hamburgo escriben el 23 de diciembre que en aquel dia á la una de la tarde habia fallecido el célebre banquero M. Salomon Heine, despues de estar, padeciendo mucho tiempo los mas vivos dolores de asma é hidropesia. Habia nacido en Hannover el año de 1776 y por consiguiente tenia setenta y ocho años cumplidos.

Va propagándose en el sistema actual de cuarentenas cierta tendencia útil para el comercio; pues todos los dias se disminuyen ó modifican las trabas de este género, que hasta ahora han sido uno de los mayores obstaculos para el progreso industrial en las naciones mas adelantadas.

En octubre último ha dispuesto el gobierno griego que tanto los pasajeros como los géneros procedentes de Constantinopla no estén sujetos en lo sucesivo en todos

los puertos de la Grecia, á la cuarentena de 14 dias, que ahora se observa sino á otra mas corta que nunca podrá esceder de nueve dias, como sucedia antiguamente.

VIDA DE RANCE,

POR

EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND.

Esta obra, que acaba de dar á luz el célebre autor del *Genio del Cristianismo* y de los *Mártires*, ha causado una grandísima sensacion en Francia y aun en toda Europa: la voz de Chateaubriand no podra menos de despertar un eco en todos los corazones y en todas las inteligencias. Confiamos que lo mismo sucederá en España, y que no pasará inapercibida entre la infinidad de producciones vulgares de que estamos inundados esta vida de un grande hombre, escrita por otro grande hombre.

El editor ha confiado la traduccion de esta obra á don Eugenio de Ochoa. Consta de un tomo en 8º de cerca 200 páginas y el retrato de Mr. Chateaubriand. Se halla de venta en la librería de su editor don Ignacio Boix, calle de Carretas, número 8, á 10 rs. rústica.

HISTORIA

DEL GIL BLAS

DEL SIGLO XIX.

Se ha repartido el tomo segundo de esta interesante novela.

Es ciertamente bien sabido de todos los profesores de la república literaria, que despues de la obra del Quijote de Cervantes, la historia del Gil Blas de Santillana es la que ha tenido mas séquito, y la que mas ansiosamente ha sido buscada por todos los amantes de la literatura española. Como en esta obra se pusieron de manifiesto todas las arterias, y vergonzosos actos del gobierno de Felipe III en el siglo XVII, de ninguna manera podia publicarse en España por la fatal Inquisicion de aquella época. El desconocido autor de ella tenia cierta introduccion en la embajada francesa, regaló su manuscrito á aquel embajador, y este hizo donacion de él á Mr. Le Sage, que suponiéndose autor de la obra, la publicó en francés como cosa suya. De aquí las reñidas cuestiones sobre si la obra era produccion de un francés, ó de un español hasta que el distinguido literato don Juan Antonio Llorente publicó su libro en París probando demostrativamente en él ser produccion española, á cuyos argumentos no pudieron contestar todos los literatos de la Francia.

Consta esta obra de 4 tomos en 8.º—Los señores que, sin adelantar dinero, se suscriban por to la obra, se les dara cada tomo á 8 rs. en rústica y 10 en pasta: en las provincias un real mas por razon de porte.

Está abierta la suscripcion en la librería de Boix calle de Carretas número 8 y en la misma librería se despacha la obra.

Asimismo se hallará en todas las principales librerías del reino y del Estrangero, donde se admiten suscripciones. El precio de toda será despues de impreza: 48 rs. vn.

ADVERTENCIA.

Se admiten suscripciones en los mismos puntos á la Historia del Consulado y del Imperio de Napoleon, por Mr. Thiers.

Poco voluminosos han salido los dos tomos que hasta ahora vieron la luz pública. de esta obra lo cual no pudo evitar el editor á pesar de sus deseos por razones imposibles de combinar; pero promete que los tomos sucesivos tendrán mucha mas lectura, sin que se altere su precio para los señores suscritores.

TEATROS.

DEL PRINCIPE.

A las siete de la noche, á beneficio de la primera actriz doña Matilde Diez, 1.º Sinfonia. 2.º Se pondrá en escena la comedia nueva, original, en cuatro actos, y en verso, titulad; *SEGUNDA ARTE DE LA RUEDA DE LA FORTUNA*. 3.º *LA POLKA*, bailada por parejas de niños. 4.º El muy divertido sainete, titulado *LAS PRECIOSAS RIDICULAS*. 5.º Terminará el espectáculo con la *sinfonia bailable del maestro Mercadante*.

DEL CIRCO.

A las ocho de la noche: *LA PERI*, gran baile fantástico en dos actos, y tres cuadros.

DE VARIEDADES.

A las 7 de la noche la comedia en cuatro actos, titulada: *CASATE POR INTERES Y ME LO DIRAS DESPUES*, Intermedio de baile, y sainete.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRESA DE BOIX, calle de Carretas, número 8.